

## LA EVOLUCIÓN DE LAS ESPECIES

Pedro de Paz

Recuerdo que cuando era **crío había** una frase que **solíamos** pronunciar con cierta frecuencia de forma insidiosa —los **críos**, ya se sabe— cuando alguno de nosotros **decía** o **cometía** alguna estupidez: «*si te presentaras a un concurso de tontos, seguro que te llevabas el primer premio*». Obviamente, se trataba de una **afirmación retórica** con **ánimo** de molestar a nuestro interlocutor ya que de sobra **sabíamos** que nadie convocaba tal concurso. Hasta ahora. Desde hace unos diez años se conceden los llamados «Premios Darwin», casi siempre a título **póstumo** —ahora entenderemos el **porqué**—, a aquellos individuos que hayan sido capaces de matarse de la forma **más** espectacular y sobre todo **más estúpida, ridícula** o grotesca posible sin dejar descendencia tras el **óbito**.

¡Ojo! No estamos hablando de leyendas urbanas ni de mitos. Estamos hablando de hechos comprobados y contrastados. Esa es una de las premisas de dichos premios. Un premio Darwin no es concedido hasta que no se contrasta su veracidad ¿Cruel? Quizá. ¿Injusto? En absoluto. Tan sólo hay que consultar la página oficial de los «*Darwin Awards*» (<http://www.darwinawards.com>) para comprobar cómo algunos de los galardonados merecerían ser homenajeados a perpetuidad por su heroica gesta. Para muestra, un botón. Una de mis favoritas. La reseña se corresponde con la de uno de los finalistas de la edición de 1996: «*La policía de Toronto informó que Garry Hoy, un brillante abogado de la firma Holden Day Wilson, falleció al precipitarse desde el piso 24 del edificio en el que se hallaba ubicada su oficina. Garry Hoy trataba de demostrar a unos estudiantes de Derecho que se hallaban de visita en su bufete la firmeza y solidez de los ventanales de su despacho cuando, tras coger impulso, estrelló su hombro contra el cristal. El ventanal cedió a consecuencia del impacto provocando que Garry Goy se precipitara al vacío, encontrando la muerte tras caer al patio de la Torre del Banco de Toronto*». Cuando uno echa un vistazo a las reseñas de los Premios Darwin es verdaderamente consciente de lo frágil y estúpido que puede llegar a ser el ser humano.